EXPECTATIVA
Una agenda menos unipolar

e **POR JULIO RAMÓN LASCANO Y VEDIA ***

Si de balances se trata, en este final de 2019, no logramos bajo las reglas globalizadoras del siglo XXI consolidar una nueva agenda mundial que incluya cooperación internacional y que aleje las anacrónicas fórmulas de equilibrio de poder, y nos devuelva la prosecución de un nuevo orden con paz mundial.

Debemos aceptar que se consolida un caótico dinamismo internacional, antiorgánico en el orden multilateral e injusto en el orden económico y social. Los órganos del orden mundial de las naciones deben buscar, junto a las cumbres de líderes mundiales, proponer una Agenda real que atienda a los problemas de este siglo: el medio ambiente, la seguridad internacional y el combate del hambre. Es hora de avanzar en agendas concretas de desarrollo sustentable.

¿Qué pasó en este 2019 para que aún estemos estancados en esta situación?.

Nuestro mundo -desarrollado, en vías de, y empobrecido- sigue condicionado por la cosmovisión y la propia agenda interior y exterior de la potencia unipolar de EE.UU.

La logística y potencial militar desplegados y su expansión, dominan la escena mundial. Además participa de una infinita "guerra comercial" mundial que afecta China y otros Estados y mercados exportadores en juego, volviendo a imponer reglas de juego proteccionistas. EE.UU. anunció el reacomodamiento de otros objetivos. La Otan se encuentra con problemas serios de subsistencia y las economías europeas cayeron en servicios el último cuatrimestre a más del 3% mensual, producto de un nuevo esquema proteccionista. Con Moscú desplegó una diplomacia acercamiento y con Medio Oriente participó en apoyos explícitos a Israel en desmedro de antiguos socios árabes. Propulsó la liquidación del Estado Islámico. Aún confronta los desafíos fundamentalistas de Irán y las amenazas norcoreanas. Es importante asumir que el Brexit llegó para quedarse. Se hace fuerte el ala política dura antieuropeísta que desea recrear un nuevo estado insular cuyos poderes se basen en sus aliados de su propio mercado y los EE.UU. Mientras Europa sufre la reaparición de fenómenos nacionalistas y xenófobos exacerbados y la alerta de separatismos constituye un estado de alarma permanente.

La políticas hacia América latina desarrolladas por la potencia norteamericana han sido sin estrategias ni análisis profundo. EE.UU. primero envió una serie de mensajes y amenazas a sus vecinos venezolanos, cubanos, mexicanos, países que constituyen problemas que afectan sus intereses nacionales. Luego acompañó ello

> NUESTRO MUNDO -DESARROLLADO, EN VÍAS DE, Y EMPOBRECIDO- SIGUE CONDICIONADO POR LA COSMOVISIÓN Y LA PROPIA AGENDA INTERIOR Y EXTERIOR DE LA POTENCIA UNIPOLAR QUE ES ESTADOS UNIDOS.

con señales light o confusas hacia los demás países sudamericanos. Sí se ocupó de abrazar políticamente al Brasil, de cambiar su antimexicanismo por una alianza práctica ahora anunciada y de condenar de manera doctrinaria el golpe acontecido en Bolivia. Todo indica que la caída de la institucionalidad democrática y la salida de Morales, más allá de las graves faltas de institucionalidad internas, estuvieron ligadas a intereses estratégicos económicos. Son demasiados visibles los intereses en las enormes reservas de litio y el objeto de impedir proyectos industriales autónomos. Con el caso Bolivia, la OEA volvió a llegar tarde en accionar para contener el grave problema de política interna y exterior. Esa letanía permitió que se consolidara fatalmente la caída del sistema democrático. Algo frustrante que nos hace pensar que América Latina se adeuda la revisión de sus organismos y alianzas con el Norte.

Sobre los sucesos en América latina conviene tener presente dos elementos. Primero que no estimamos que exista una línea de planificación estratégica externa y central para la desestabilización de los países de la región, aunque los problemas surgidos aparezcan en un calendario repentino en este año. Cada uno es un problema único donde se acentúan crisis propias como la estructura social y económica en Chile, los problemas de administración y financieros de Ecuador, o los dilemas en la gobernabilidad de Colombia, que aún presenta puntos frágiles en su política interna y exterior. En todos los casos la constante es la fragilidad de las democracias necesitadas de estabilidad y continuidad institucional. En segundo lugar América latina ha sido históricamente integracionista. Y debe insistir en reformular y consolidar este espíritu. Los consensos existen en nuestro joven continente al no aceptar la aplicación de recetas externas económicas liberales; recetas que a la vista han fracasado y generado problemas de estabilidad económico financieros y agudos problemas sociales, poniendo también en riesgo el enorme valor de la movilidad económica social de las clases de los pueblos y habitantes de América latina.

La Argentina posee ahora una gran oportunidad de revertir políticas regresivas en la economía y la cohesión social. Hacerlo integrados con practicismo y convicciones al mundo, en especial a nuestra región. La gobernanza generada es una oportunidad a no desperdiciar: de acuerdos, de compromisos, de búsqueda de diálogos y paz social. Porque nuestra dirigencia y nuestro pueblo también han elegido batallar por un orden mundial construido, ya no desde el equilibrio de poder de pocos dominantes, sino desde la cooperación internacional y una merecida equidad social, que ya sabemos que se logran con mayor sustentabilidad y más democracia.

(*) Director de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad del Salvador.



ABIERTOS AL MUNDO. EN 2018 LA ARGENTINA FUE SEDE DE LA CUMBRE DEL G-20 QUE SE REALIZÓ EN BUENOS AIRES. MOMENTO TRASCENDENTE PARA MAURICIO MACRI QUE NO CONSIGUIÓ CAPITALIZAR PARA DAR SUSTENTO A SU ADMINISTRACIÓN.



Dos países en uno

e **POR JORGE ELÍAS ***

Detrás del inminente juicio político contra Donald Trump despunta un signo de estos tiempos que excede a Estados Unidos: la polarización. No sólo entre los políticos, sino también en la sociedad. La mitad del país ve aquello que la otra mitad niega en una de las democracias representativas más antiguas del mundo, con elecciones ininterrumpidas cada dos años desde 1788. Un récord institucional que no se ve empañado ni en riesgo por el comienzo del tercer procedimiento de este tipo en la historia después de los de Andrew Johnson en 1868 y Bill Clinton en 1998, truncados en el Senado, y de la dimisión de Richard Nixon antes de su apertura en 1974.

Trump goza de inmunidad legal, pero puede ser destituido por "traición, soborno, u otros graves delitos y faltas". ¿De qué se lo acusa? De obstrucción al Congreso por "el incumplimiento indiscriminado de las citaciones" y por abuso de poder al supeditar la entrega de misiles a Ucrania por valor de 391 millones de dólares a la colaboración del presidente Volodymyr Zelensky en la apertura de una investigación contra Hunter Biden, el hijo del precandidato demócrata Joe Biden, ex vicepresidente de Barack Obama, por haber incurrido en una presunta trama de corrupción mientras era miembro del consejo de administración de la empresa de gas Burisma.

La polarización juega a favor de Trump, con una mayoría de número de republicanos en el Senado que difícilmente acepte los cargos. La subordinación al partido puede dañar la institucionalidad sin herirla de gravedad a raíz de una polarización cada vez más profunda en la sociedad. Los asuntos de Washington, como suelen verlos los norteamericanos, pertenecen a una torre de marfil cuya labor primordial debe ser apuntalar la economía. Desde 2017, cuando asumió Trump, la tasa de desempleo bajó del 4,7 al 3,5 por ciento y los salarios subieron un 3,1 por ciento. En 2019, mientras la economía mundial tambalea, la de Estados Unidos creció un 2 por ciento.

En campaña por la reelección en 2020, con demócratas aún no repuestos de la debacle de 2016, más allá de haber recuperado el control de la Cámara de Representantes en 2018, Trump apunta y dispara contra el único rival que considera de peso: Biden, "un perdedor", "un aletargado", "un tontorrón". Que sean una veintena los precandidatos demócratas, con extremos entre la moderación del ex ladero de Obama, el pretendido giro a la izquierda de Bernie Sanders y de la senadora Elizabeth Warren o la mocedad de Pete Buttigieg, alcalde de South Bende, Indiana, de 37 años, cuatro décadas menor que Biden, refleja más dispersión que diversidad.

La dispersión confunde. La mayoría coincide en un solo fin: echar a Trump mientras se atacan sin piedad. Si la polarización favorece a Trump, Biden también la aprovecha en el momento impeachment del gobierno. Lo tilda de "viejo", "débil", "una amenaza existencial". En 2016, uno de cada cuatro demócratas que votó por Sanders en las primarias no lo hizo por Hillary Clinton en las presidenciales. Desertó por verla como una representante de la vieja guardia, del establishment, acaso como a Biden, senador desde 1973. Con esa diferencia de votos, unos 800.000, Trump ganó en Estados clave como Michigan, Pensilvania y Wisconsin. De la polarización no escapa el Reino Unido con su Brexit ni Israel y España con sus dificultades para formar gobierno, entre otros. En el Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes, puntal del juicio político, los 13 demócratas aprobaron el trámite y los nueve republicanos se opusieron. "La hostilidad hacia el partido de oposición y sus candidatos ha alcanzado un nivel en el que el odio motiva a los votantes más que la lealtad", concluye Thomas Edsall, en The New York Times, en sintonía con un estudio del Pew Research Center sobre la tirria partidaria. O la discrepancia. No sólo sobre Trump, sino también sobre el calentamiento global, la inmigración, el sistema de salud o el control de las armas. Son dos países en uno.

(*) Periodista, dirige el portal de actualidad y análisis internacional El Ínterin.